

Los Pensadores de la Tradición Española

Por JOSE SANZ Y DIAZ

Hoy que ya, gracias a la Providencia, podemos cantar a todos los vientos de la rosa cuanto se refiere a las glorias españolas, no está demás dedicar un reportaje histórico a los principales pensadores de la Tradición, que a través de un siglo fueron el pulso viril que sostuvo en alto el honor nacional. El espacio de que disponemos nos obliga a limitarnos por hoy a las egregias figuras de Jaime Balmes, Antonio Aparisi y Guijarro, Francisco Navarro Villalosa, Cándido Nocedal, Marcelino Menéndez y Pelayo, Juan Vázquez de Mella y Víctor Pradera.

JAIME BALMES. Balmes —dijo, en 1910, al conmemorarse el centenario de su nacimiento, Menéndez y Pelayo— comprendió mejor que ningún otro español moderno el pensamiento de su nación, le tomó por lema y toda su obra está encaminada a formularlo en religión, en filosofía, en ciencias sociales, en política. Su obra, a pesar de lo breve que fue su vida, es ingente.

Jamás se adscribió a la dinastía isabelina, ni siquiera por medio del partido moderado en que tantos varones piadosos buscaron manera para coonestar la conciencia con la comodidad. Contrariamente, don Jaime Balmes, que tantas vigiliass dedicara a la meditación filosófica, fue un gran luchador y combatió a los eclécticos y doctrinarios acerbamente. Sin embargo —“rara a vis” entre luchadores— siempre tuvo aquella virtud que los griegos llamaron “sophrosine” y nunca perdió la serenidad y el equilibrio. Si le dolieron ataques gravísimos, como aquel de llamarle el Lamennais español, los rechazó con tanto brío como caridad. No, no era Balmes tradicionalista del tradicionalismo extraviado de Bonald y Lamennais, del que fue tocado el gran Donoso. Balmes fue un tradicionalista español. Quiso

arreglar las cuestiones dinásticas casando al hijo de Carlos V con la hija de Fernando VII. Esto es verdad. Intento tan generoso como desafortunado. Pero no quiso conciliar la verdad con el error. No quiso que matrimoniaran el tradicionalismo y el liberalismo. Creyó que el matrimonio Carlos-Isabel serviría al Tradicionalismo.

No es posible reproducir textos de Balmes. ¡Son tantos! Además, de Balmes no puede darse idea transcribiendo frases sueltas. Era más analítico que sintético en su estilo y es preciso leer por completo sus artículos. Balmes no creía, en términos generales, que tal o cual sistema de constitución era siempre conveniente. Decía: “¿Cuál es la mejor forma de gobierno? Muchos son los que contestan rotundamente a semejante pregunta mas no creemos que esto sea lo más acertado. Parécenos que la respuesta debiera ser otra pregunta: ¿de qué pueblo se trata? En efecto, nadie podrá sostener que una misma forma sea la que conviene a todos los países, pues que la razón, la historia y la experiencia demuestran lo contrario”.

ANTONIO APARISI Y GUIJARRO. El insigne escritor, abogado y político, honra de la Comunidad Tradicionalista don Antonio Aparisi y Guijarro, vió la luz primera en Valencia el día 29 de marzo de 1815. Estudió en las Escuelas Pías de su ciudad natal, y desde niño se distinguió como poeta, ganando a los doce años de edad un premio ofrecido por la Sociedad Amigos del País. Aficionado a las bellas letras, compuso obras dramáticas, novelas y estudios históricos. En 1834 concluyó la carrera de derecho, y la abogacía le ocupaba mucho tiempo. No hubo causa criminal de importancia en que no se le nombrara defensor. Su desinterés era tal, que decía a menudo que “la única parte dolorosa de la profesión es la necesidad de cobrar para vivir”. Presos pobres que a él se dirigían, eran defendidos gratuitamente, y en estas causas ponía más interés, si cabe, que en las que abonaban sus honorarios. Creador insuperable, arrancó muchas víctimas a la muerte.

Monárquico fervoroso, era admirado hasta por los republicanos, quienes le confiaban sus pleitos y la defensa de sus reos. De Aparisi dijo el propio Castelar: “Desde el punto en que la vida del procesado dependía del poder de su palabra, no se segregaba. Pasaba los días absorto en la meditación de su asunto, y las noches inquieto en la fiebre, en el delirio de su caridad abrasadora. . . . Cuando todo estaba agotado, insinuábase en el corazón de los jueces, llamaba a sus sentimientos, ponía lágrimas en la voz, patético arrebatado en su elocuencia; transfigurábase hasta tocar en los límites en donde le es dado alcanzar en la palabra; envolvía al tribunal y al público entre las ráfagas abrasadoras de sus ideas enrojecidas en la más pura caridad, y acababa por arrancar su víctima al verdugo, su triste presa a la muerte”.

Escribió en “La Restauración”; fue director de “El Pensamiento de Valencia”, y en otros periódicos carlistas pudo apreciarse el

valor de su pluma, por la que brotaban ideas geniales y doctrinas sanas, que se contenían en su inteligencia privilegiada.

En 1858 fue elegido Diputado a Cortes por Valencia; en 1863, por el distrito de Serranos; en 1865, por Valencia y por Pamplona, y en 1869, por Vizcaya. En 1871 Guipúzcoa le dió la investidura de Senador del Reino. Sus discursos parlamentarios causaron sensación enorme, y pronto era conocida su figura como la primera en la oratoria política.

Estudió el pleito dinástico, y tales razones encontró en favor del derecho de Carlos VII, que se colocó a su servicio. Tuvo interés, como Balmes, en que se realizara la fusión dinástica, que no pudo cristalizar por la oposición de varios personajes liberales.

Pío IX le recibió en audiencia, quedando admirado del talento del insigne tradicionalista español. Aparisi, después de dos años de emigración, regresó a España al ser nombrado senador del Reino, y en la noche del cinco de noviembre de 1872, yendo en un coche con el senador carlista don Gabino Tejado, con quien se dirigía al Teatro Real, de Madrid, falleció repentinamente.

Entre los muchos cargos de honor ganados, por su talento, tenía el de ser miembro de la Real Academia Española.

En la Real Academia Española, en la que se celebró en honor del gran tribuno católico tradicionalista una sesión necrológica, dijo de él don Cándido Nocedal:

“Nadie (ni con mejor fortuna) que Aparisi ha divulgado por España las ideas de que es símbolo y representa la persona de don Carlos de Borbón, purificándolas de las manchas de feos colores con que las pretenden tizar los revolucionarios y presentándolas a su verdadera luz”.

NAVARRO VILLALOSADA. Nace en Viena en 1818. Muere en la misma ciudad navarra en 1895. Vivió pues todas las recias contiendas del siglo XIX.

A pesar de nacer en Navarra no fue, en su juventud, carlista. Su familia era isabelina. Como dice bien su mejor biógrafo, el P. Juan Nepomuceno Goy, el que andando los años había de ser el más firme apoyo de la causa legítima en España y el más fiel de los consejeros de Carlos VII, no sentía en tiempos de la primera guerra civil, ninguna simpatía por Carlos V. Y hasta cantó en buenos versos, las glorias militares de Espartero y escribió loanzas del Convenio de Vergara.

Como Aparisi y tantos otros piadosos españoles tardó en entregarse totalmente a la “Causa”. Después de una actividad literaria intensísima en aquellos periódicos que se llamaron “El Siglo”, “El Semanario Pintoresco”, “El Español”, “La España”, “El Regenerador”, “El Espectador”, “El Correo Nacional”, “El Arpa del Creyente”... Su personalidad de periodista y una de las más ilustres firmas del tradicionalismo, se dibujó, con trazos indelebles, en “El

Padre Cobos" y en "El Pensamiento Español". Este periódico lo fundó Navarro Villalosa en 1860. No era carlista; pero sí tradicionalista. En su prospecto se leían estas hermosas palabras: "¿A qué se debe nuestro engrandecimiento en los antiguos tiempos; a qué nuestra vergonzosa decadencia en los presentes? ¿Cuál es el alma de esta Nación, la parte esencial de su existencia, el rasgo definitivo de su carácter, el espíritu de su civilización, el secreto de esos magníficos arranques con que sorprende de improviso cuando más abatida y postrada se contempla? Es el catolicismo, en cuyas aguas vivas están amasadas sus leyes, sus pueblos, su historia, sus tradiciones, su literatura y su arte. Con el pensamiento católico nos distinguimos de todas las naciones de Europa, sin él seremos borrados del mapa europeo". Estos pensamientos constituyen el fundamento mejor del tradicionalismo español. El eco de esta idea suena, veinte años después, en los libros magníficos de Menéndez y Pelayo.

¿No había de ser carlista la pluma que escribió esas líneas insuperables? Había de serlo, algún día, inevitablemente. Vildósola, hubo de predecirlo, respondiendo a preguntas de Luis Venillot, quien deseaba saber del naciente periódico. "El Pensamiento Español" es un periódico católico que tendrá que ser, un periódico carlista. Y lo fué. En él se publicó, y lo escribió el propio Navarro Villalosa, "El hombre que necesitamos", precursor de la venida de Carlos VII y de la carlistización de todas las personas de honradez política que había, a la sazón, en España.

Novelista y periodista, mereció, respectivamente, ser calificado como el Walter Scott español y el Venillot español. Las novelas históricas de Navarro Villalosa, al menos "Amaya", no son inferiores a las del escritor escocés y nuestro periodista merece el parangón con el celeberrimo director de "L'Unibera", campeón, en Francia, de las mismas ideas. Algunos de los artículos de Villalosa como los que dedicó a vindicar la Inquisición Española y los "Textos Vivos" alcanzan la categoría de excelentes ensayos de apologética. El Lectoral de Granada, en su precioso libro "Los apolo-gistas españoles" dice que aquellos artículos de Navarro Villalosa no han envejecido. Y es verdad. Los "Textos vivos" acreditan la clarividencia de aquel varón eximio. En aquéllos frageló a los profesores de la Universidad que nos trajeron la plaga del Krausismo, una cosa oscura que explicaban barrocamente aquellos maestros republicanos, de la que se derivó la institución libre de enseñanza forja de las armas del mal que mataba a España.

"Amaya" es la epopeya del norte. Nada se ha escrito tan bello en loor de las virtudes del pueblo pirenaico. Mas sin desdén ni rencor para otros pueblos españoles. Unidos, como hermanos los navarros, los vascos todos, todos los españoles habían de salir a pelear contra los enemigos de Cristo y su Santísima Madre, formando un solo pueblo. Este es el pensamiento de "Amaya".

CANDIDO NOCEDAL. En 2 de marzo de 1871 don Carlos escribía a Nocedal: "...hay hombres a quienes se honra si no se les invita y sin embargo se les espera. Ellos vienen cuando creen en conciencia que deben venir y entonces se les recibe, congratula y abraza".

Ciertamente merecía Cándido Nocedal aquellas augustas insinuaciones, porque aquel gran político, ligado a la dinastía isabelina con lealtad no merecida por aquella, era un político tradicionalista... Y resultaba paradójica su presencia en el Parlamento, en los escaños liberales. Desde ellos había defendido la Unidad Católica de España; principio el más radicalmente opuesto al liberalismo; propugnó que la Inquisición había sido una institución popular y había dicho que no reconocía la "Soberanía Nacional"—léase sufragio universal inorgánico—y que para él no había más soberanía que la de la Tradición y la de la Historia. No fue extraño por eso, que Aparisi, para quien la unidad católica era "símbolo de nuestras glorias, espíritu de nuestras leyes y bendito lazo de unión entre todos los españoles", fuera su admirador y amigo y que escuchara lógicamente, reproches de quien, como Moreno Nieto, aparecía como correligionario suyo.

En seguida, en el mismo mes, dió su adiós a doña Isabel y al entonces príncipe Don Alfonso. "Dios y la Patria —les decía— me llaman a combatir en el terreno que la Providencia me depara y en él he de pelear abrazado a la bandera que creo buena y santa... Don Carlos representa lo que yo juzgo buenos principios; si la dinastía de V. M. no los representa no es ciertamente por culpa mía sino de los consejeros que han perdido a V. M. y han hecho que su augusto hijo aparezca irrevocablemente ligado con el principio liberal que con todo mi corazón rechazo y condeno, porque es por su índole y esencia anticatólico y enemigo de toda paz, de todo sosiego y de toda felicidad en las naciones". Y don Carlos confió a Nocedal, sabedor de su experiencia en el terreno que todavía había que actuar antes de echarse al campo con las armas, las misiones más importantes. Dirigir la prensa, la sección electoral, presidir la Junta Central Católico-Monárquica y acaudillar las minorías de ambos Cuerpos Colegisladores.

MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO. En varios lugares de este mismo reportaje se cita a Menéndez Pelayo. Nadie dudará que el gran polígrafo montañés es un maestro del Tradicionalismo. Nadie mejor que él investigó y supo tanto de las cosas de España. Forzosamente era tradicionalista. Y no lo recató, sino que lo proclamó siempre.

"Donde no se conserva piadosamente la herencia de lo pasado —decía— pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora. Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo menos la cultura intelectual. Un pueblo vie-

jo no puede renunciar a la suya sin extinguir la parte más noble de su vida y caer en una segunda infancia muy próxima a la imbecilidad senil". ¡Qué axacto tradicionalismo el contenido en estas palabras! El tradicionalismo que guarda la herencia del pasado; pero que no se satisface con ella sólo; sino que la guarda y la cultiva precisamente para que genere pensamientos originales e ideas dominadoras. Esto es, el tradicionalismo dinámico que propugnara Mella.

Ya van, gracias a Dios, aclarándose conceptos que no todos veían, en España, con claridad suficiente. Ninguna oposición ni desarmonía puede haber entre el culto de la Tradición, herencia del pasado, y las ideas originales y dominadoras, anhelo para el porvenir.

Siguiendo el magisterio de Menéndez y Pelayo, hemos nosotros de valorar debidamente nuestra Tradición.

JUAN VASQUEZ DE MELLA. La figura de Mella era en verdad poco ajustada a los cánones de la estética humana. Ni el rostro ni las proporciones de su cuerpo fueron bellos. Mas como era un genio cuando hablaba, parecía transfigurarse. El discurso de Leyre, cabe la portada romántica del ilustre cenobio benedictino. Poca gente. Un acto oficial. Prelados, políticos, autoridades, periodistas. Se sacó una mesa vieja y sucia, de escritorio y sobre ella se colocó el orador. Menudo, con polvo del camino. Estaban allí unos canónigos de Pamplona que no le habían oído nunca y se disponían para escucharle fumando. Don José Sánchez Marco les aseguró que muy pronto, sin que se dieran de ello cuenta, se les caerían los cigarrillos de las manos. Así sucedió. Los cigarrillos... y la baba se les cayeron a todos, embelesados. Absortos le oían y le contemplaban. ¡Qué cosas dijo! ¡Y cómo las dijo! Y cuántos discursos así, maravillosos, hizo Mella en las Cortes, en los teatros, en los campos... y, también, en aquel pequeño comedor de su entresuelo del paseo del Prado.

No ha tenido España otro orador como aquél; Donoso Cortés fue grande orador. Castelar también lo fue. Mella no es inferior a Donoso en sus períodos de tono apocalíptico ni en sus acentos de vidente. Ni tienen menos belleza sus síntesis históricas que las de Castelar. Resumía y superaba las cualidades de los dos. Porque su formación científica era más completa, más cabal y más segura. Al "Ensayo" de Donoso, y salvada siempre la buena fe, pudieran oponerse reparos. A Castelar se le advirtieron no pocas pifias históricas. A Mella jamás. Su erudición era tan segura como la de Menéndez y Pelayo, y su saber filosófico y teológico era solidísimo, tanto como el del más consumado profesor de seminario eclesiástico. Y aún, muchas veces en sus discursos pudo ostentar dulzuras como las de Aparís y sátiras del más fino humor, como buen asturiano que era.

Se le reprochó su inactividad. Ha de excusarle la enfermedad que durante muchos años sufrió y que tiene, como escuela, la abulia. Y, además, no es verdad que no hizo nada. Hizo mucho, aunque acaso no tanto como pudo. Sus obras forman una inmensa enciclopedia de

apologética. Y el Tradicionalismo no tiene maestro de doctrina más completo que él. Dispersa en artículos y discursos innumerables hay materia para estudiar los problemas políticos y sociales de España. Los de su tiempo y los de hoy. Si de las obras de Mella se extrajesen, no precisamente fragmentos sino una "suma" de doctrina exponiéndola en forma sistemática, España, la España de hoy quedaría asombrada. El nuevo Estado, con sus afanes, con los organismos que necesita para su gobierno interior, con la unidad imperial y la variedad regional, con rutas para el imperio espiritual a que España tiene derecho, y para su actuación en la política internacional, con normas para las relaciones con la Iglesia, todo eso, está en las obras de Mella. El flagelo como nadie todo lo que ahora, felizmente, ha caído. Y dió en forma que nadie podrá superar las normas y las consignas necesarias para alzar el Nuevo Estado.

VICTOR PRADERA. Es de nuestro tiempo. Se están leyendo, por esta generación sus escritos. Por esta circunstancia y no porque su espíritu combativo y trabajador y su cultura no le hagan acreedor a más extensa referencia, es breve esta nota del ilustre pamplonés.

En efecto, nació en Pamplona Víctor Pradera; aunque en Guipúzcoa y en Madrid haya hecho la mayor parte de su vida. Varón ejemplar por sus virtudes privadas y admirable por su muerte magnífica, dió, con sus elocuentes palabras y con su actitud firme y serena, a sus asesinos una gran lección de apologética católica. Se destacó mucho, como pensador tradicionalista, sobre todo después de muerto Mella, a quien veneraba como maestro suyo.

Era lector y trabajador formidable. Y un temperamento batallador y rectilíneo. De tal modo prendían de él las ideas y con tanto ardor las sustentaba que lo más sugestivo de su oratoria era, precisamente, su acento de intolerancia, porque revelaba una tal sinceridad de convicción y un tan claro sentido de rectitud en el propósito que producían unos párrafos vigorosos, no muy brillantes, pero de elocuencia austera, exacta, dura, de más valor suasorio que las garrulerías con que, en todos los tiempos, se ha, demasiado, cultivado la oratoria.

Afortunadamente, de este pensador tradicionalista no toda la obra queda dispersa. En los últimos años de su vida ejemplar, de luchador y de varón cristiano, escribió un libro, "El Estado Nuevo", en que se condensa toda su doctrina política. Y en ese libro hay, como síntesis, una frase felicísima, que ha hecho fortuna: "El Nuevo Estado" no es otro que el Estado español de los Reyes Católicos".

(Especial para UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA).